



DeucALiÓN.

3



DeucALiÓN.

3

DEPARTAMENTO PROVINCIAL DE SEMINARIOS

CIUDAD REAL

NOVIEMBRE DE 1951

Dirige
Ángel Crespo

Pequeña oda de amor a Maritornes

(HABLA ALONSO QUIJANO)

Yo llego hasta tu chambre, Maritornes.
Lo mismo que desfrunzo una cebolla,
voy pasando mis dedos por tus bornes,
dejando en desnudez tu fácil joya.

Pero me siento eléctrico de hondura,
de rezo, de virtud, de lejanía...
Yo sé medir mi cálida locura.
Y sé medirla a tiempo... ¡porque es mía!

Pues bien; ya está medida y ya he llegado.
Me inclino ante tu carne sin adobos.
Y ante tu porche del amor, colgado,
queda el nido inmortal de mis arrobos.

¡Qué hermosa en tu rudeza sudorosa!
¡Qué gracia en tu trabado desenfreno!
¡Qué hermosamente brutal! ¡Sí; qué hermosa!
¡Quien no sepa rezarte, es que no es bueno!

.....

Tú eres igual que un símbolo de tierra.
Dornajo de la humana porqueriza.
Pasividad nostálgica de perra.
Gavilla sin rescoldo y sin ceniza.

Tú eres como un desagüe sin ternura.
Liquidación de un beso no estampado.
Regüeldo terminal de la basura.
Ganancia catastrófica de un dado...

Samaritana sin saber del pozo
que cura para siempre la ardentía.
Querida de la granza y del retozo.
Casera de la casca y de la lía...

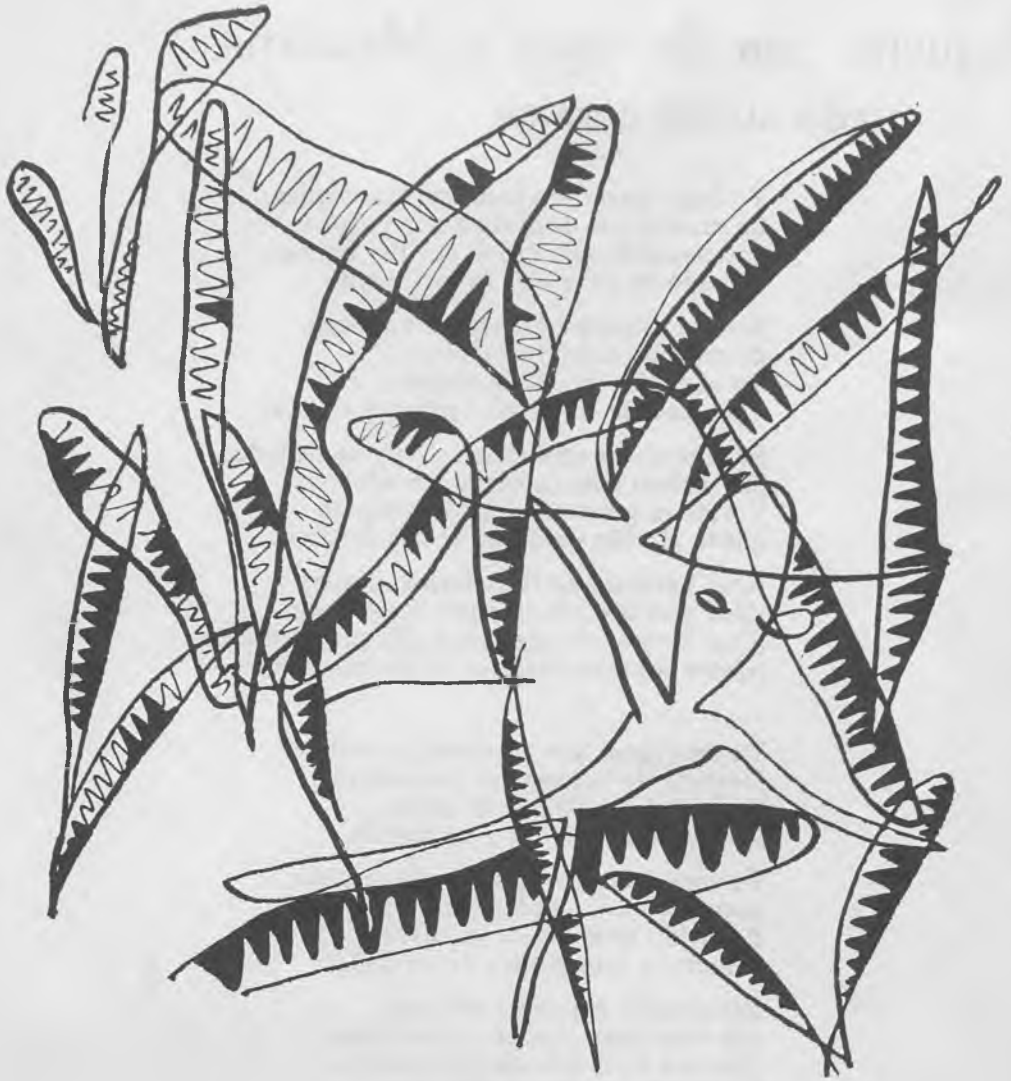
Pero eres más: La gleba sublimada.
La escoria echando cielo por sudores.
La pureza hecha carne desgonzada.
La lumbre cenizosa dando flores...

Feliz quien te tropieza como eres.
Bendito el que te ve como te veo.
¡Quién sabe del amor de las mujeres!
¡Yo creo, creo, creo, creo y creo!

.....

Hoy llego hasta tu chambre estremecida.
Ya siento tu gordura, y me arrodillo:
«¡Oh, DOÑA MARITORNES sin medidal
Por estas negras ventas de la vida...
¡sigue alumbrando al místico y al pillol!»

Juan ALCAIDE SANCHEZ.



Dibujo de Madrilley.

Oda a los fugitivos del mundo

Con falsas voces y papeles falsos,
durmiendo entre las ramas de los árboles,
oh prófugos del mundo,
esperais el momento de cruzar las fronteras.

Hay cerca de las líneas de los ríos
ciertas piedras con números, escritas
están en las cortezas de las ramas
las letras de escapar sin que disparen.
Vais al campo buscando contraseñas
e inspeccionando yerbas, saltamontes
—que pueden ser espías—
y grillos reales que os están oyendo.

Todo puede tener sabor de muerte:
No pongais confianza en esos pájaros
que duermen apretados entre tejas,
no os prodigéis al dueño de la casa
con signos, al dormir en las alcobas.

Conozco que estais hartos
de tener que elevar cada mañana
cargas de sal y orujo,
montones de cimientos
y multiplicaciones amasadas.

Sé que quereis huir
porque ya os sabe el pan como vinagre
y una mujer dejó vuestras estancias
para no hacer la cama tantas veces.

Estábais amarillos
y un día decidísteis, junto a trenes que pasan,
huir, huir de todo jadeantes:
De fábricas y armarios de escrituras,
de mugientes ventanas con gente que se asoma,
de ojos que se os clavaban en la cara,
que al sacar el pañuelo del bolsillo

un ojo había dentro contemplando,
que al serviros la sopa
sacábais, sin pensar, un ojo navegando en la cuchara.

Os poníais azules,
temíais encender un cigarrillo,
era ya demasiado y decidísteis.

Fugitivos del mundo, soñábais con lugares donde todo respira,
donde, entre agua clara y hojas verdes,
viven alegres patos con su música torpe,
viven alegres águilas cazando,
viven hombres viviendo cada día.

Por eso decidísteis haceros fugitivos,
pasar miedos y montes,
evitar a los lobos y a los perros,
llevando dentro, ardiendo, la esperanza
de alzar la frente el día señalado.

Todo estaba previsto: Conocíais
el perfil, que no espera, de las nubes,
la hora exacta para dar el salto,
la ocasión más propicia para meter un dedo en el cerrojo.

Yo os invito a seguir por mar y tierra:
A escapar con la sal, tragando a cántaros;
con los pies, con el polvo levantándose;
con carros, por debajo de la casa.

Aunque, al llegar al borde,
muchos os quedareis manando vida,
manando sangre por la boca abierta,
fugitivos del mundo, yo os invito
con esta voz huída entre palabras.

Angel CRESPO.

E T É

Le ciel est couleur d'absolu.
Rien qu'un verre de ciel et je serai guérie
Rien qu'un morceau d'été!
Mes bras sont trop petits:
Chaque libellule est un univers.
Tous les papillons blancs sont porteurs de messages.
La musique a jeté sa clé d'or aux oiseaux.
Chaque morceau de terre est grande comme la terre
et chaque arbre est pilier de l'unique forêt.
L'immense fenaison prend racine au brin d'herbe
Que je tiens sous mes doigts.
La fille en robe verte à larges nénuphars,
La fille des amours de la source et du ciel,
La nonchalante aux bras mouillés,
Pour mouiller les bras de la terre.
L'enfant de la montagne emporte son enfance.
Demain la robe verte à l'autre bout du monde
S'accrochera peut-être aux contraux d'un récif?
Demain c'est aujourd'hui.
Mon après-midi bleu est grand comme l'espace
et je tuerais ma soif si je buvais du ciel!
Jamais je ne pourrais m'atteindre!
Jamais je ne serai puissante autant que moi!

Juin 1951.

Armande LOUP.

LA BAILARINA

La punta de sus pies
es el eje del mundo,
las manos dos espejos de la noche más clara.
En sus oídos entran las mariposas de aire
y en los dientes se acallan los mármoles más puros.
Una noche sin mares tiene su ritmo. Es ella.
Una noche de ausencias y dulces plenitudes
en que caen las estatuas
en las playas perdidas de todos los crepúsculos.

No os acerquéis. Amadla.
Sabedla toda pájaro y animal fugitivo,
el junco más flexible que se comba en el viento,
el más extenso beso de todas las miradas.

No os acerquéis. Amadla.
Es espuma tan solo,
es la nube rotunda que cruza por el cielo,
es un deseo fértil que el universo ondea.
Sobre su piel tan blanca
se hace algodón el aire y la distancia huye.

Olvidaréis los nombres —terremotos se olvidan—
pero será presencia en vosotros la imagen,
el número, la forma, el salto y el eclipse.
Es el vivo mensaje que trae la bailarina
la verdad más dichosa que hace evidencia el cuerpo.

No os acerquéis. Amadla.
Es el límite puro.

Antonio FERNANDEZ MOLINA.



«Doña Tora Mulotora», por Gregorio Prieto.

EL LIBRO ABIERTO

En aquel tiempo el fruto de soñar sin noche
hacía las mañanas y sus alas
Ardía mi estrella Mi suerte gravitaba
y un oráculo había en cada signo en cada piedra

De tanto albor en ojos abiertos
se oscurecía la cima de los días
Lo escuchaba todo Todo hablaba
y en silencio cada cosa nacía en su palabra

Ya no estaba en ninguna parte
Unos se habían ido Ya llenaban otros
el hueco que dejamos en la sombra
Daba el corazón la medianoche
Y lo sabía: iba a llegar demasiado tarde

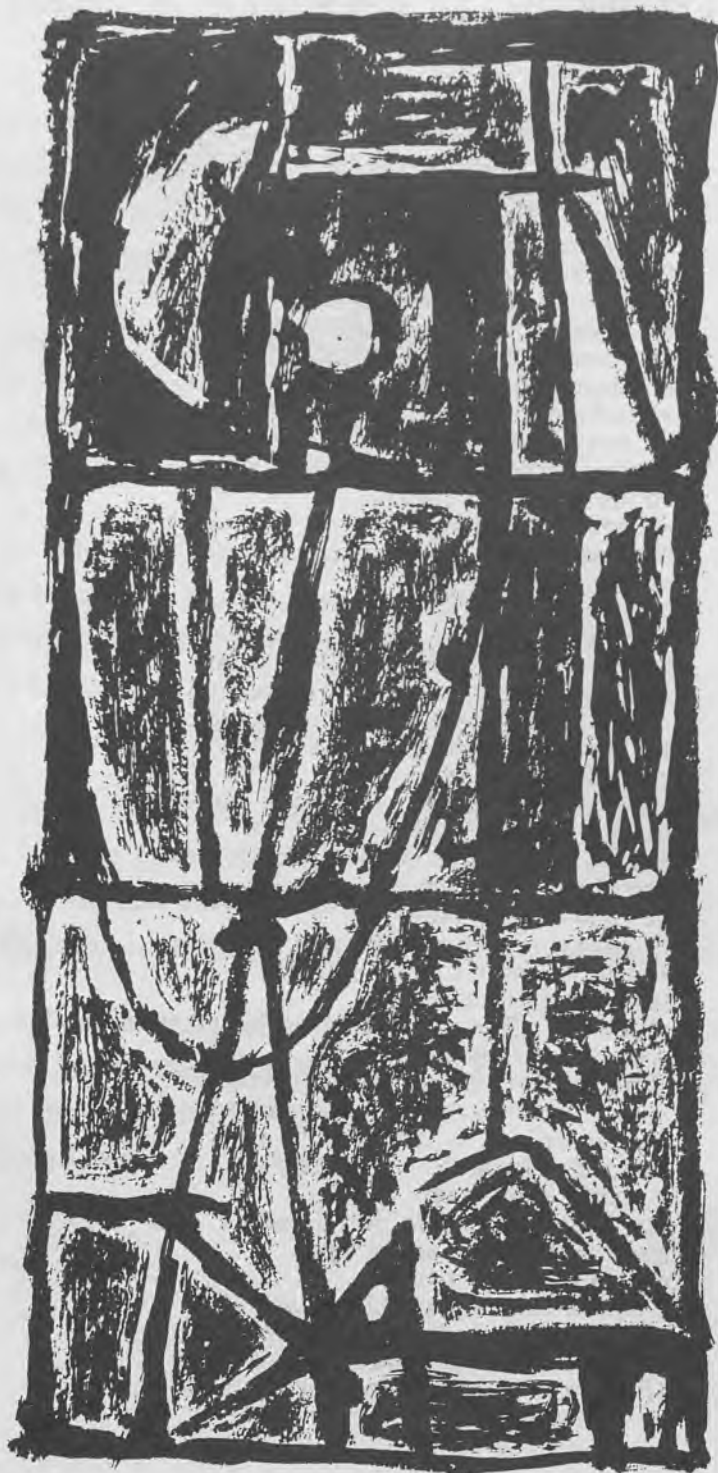
Pero ya no hablaba para mí Ni para otros o vosotros
¡Qué lejos la palabra, del oído!
Yo sólo andaba solo mi camino
y el tiempo, de la mano con vosotros y conmigo

Algunos aman las volutas altas
la nube guerreando con la rosa y el azul del viento
Andar me basta Mi palabra es mi vida
Y todo es exacto aquí Yo y vosotros

CADAVER POR EL AGUA

El susto surge siempre de las aguas,
de tarde en tarde se adivina el ritmo
del sencillo perfume de la muerte.
Con el zumbel inicio la salmodia
del cadáver y el niño.
Con el zumbel aprendo en mis oídos
el lenguaje pequeño de la infancia.
«¡Chavall, ¡Chavall», gritaban los mayores
al chaval que corría por las márgenes,
al mismo que decía con silencios:
«Estaba por el agua, yo lo he visto».
Su voz era un insulto a los mayores,
su voz era un cachete de improviso
en los pescuezos calvos.
«¡Chavall, ¡Chavall», gritaban los mayores
temblando pues decían que la muerte
no era cosa de niños.
Y el chaval repetía con los labios:
«Que yo he visto el cadáver por el agua».
Las voces de los hombres perseguían
al chaval que corría por las márgenes
con el zumbel pequeño de su peonza.
De sus fallos nacían las palabras
como inocentes labios:
«Que yo he visto el cadáver con mis ojos
los que me dió mi padre.
Estaba por el agua con los peces
con el zumbel atado por el cuello
de cuando niño era».
El chaval repetía y lo juraba:
«Es la verdad y todos algún día
tenemos que morirnos».
«¡Chavall, ¡Chavall», temblaban los mayores
y luego sonriendo se decían:
«Todos hemos mentido de pequeños».
Aun se oían las voces intranquilas
cuando se hizo la tarde.
Todos fueron al río sin palabras
y vieron al ahogado
con la soga prendida por el cuello.
Estaba recostado por el agua
con la cabeza a pájaros
y con la boca a peces sin remedio.
Nadie miró la hora en la muñeca.
Lo decía el chaval cuando volvían:
«Estaba ya muy muerto aquel cadáver».

Santiago AMON.



Aguayo 48

De Fermín Aguayo.

EL TIO DE AMERICA

Cuando la Tala abrió la puerta de la calle para que me fuese a la escuela, casi topé con dos señores que venían hacia casa. Uno era bajo y regordete, sin corbata y con boína muy ancha; el otro era alto, elegante, con botitos blancos, un kodak colgado del hombro y una gorra de visera, blanca. Creí que serían viajantes de los que venían a vender a papá pasas de Málaga y no pensé más... Y por la acera que daba el sol me fui a la escuela, que era la del Pósito.

Tenía yo entonces unos zapatos de esos que son de dos colores: negros por lo más abajo y grises de ante por donde los cordones; y como hacía mucho sol y yo llevaba los zapatos muy lustrados—porque Tala los limpiaba así de bien—iba por el camino fijándome como brillaban, sin acordarme para nada de los viajantes. Y al entrar en la escuela, que era baja y húmeda y siempre olía a orines, me dió lástima dejar el sol en la otra acera y el bonito juego de mirarme los zapatos brillantes.

Y como siempre pasaba por las mañanas, al entrar en la escuela el maestro estaba poniendo una cuenta de dividir en la pizarra, y yo, sin fijarme si el divisor era de tres o cuatro cifras, miraba con tristeza por la ventana el soletón que daba en la acera de enfrente... Y entonces sí me acordé de la gorra de visera, blanca, que llevaba el señor viajante alto.

En un rincón de la clase estaba enrollada la bandera nacional, con mucho polvo encima, y en un cuadro con el cristal roto se veían pintadas las cabezas de las razas humanas, que son cuatro: blanca o rostros-pálidos, roja o indios, negra o africanos y amarilla o chinos. Y cuando con mucha pereza comenzaba a copiar con tinta violeta la cuenta de dividir, que era de las penosas de cuatro cifras, ví que entraba la Tala en la escuela. Por el pasillo que dejaban los pupitres venía un poco azorada, mirando muy fijamente al maestro que, empinado en la tarima, la esperaba muy serio, escudriñándola por cima de los lentes.

Habló la Tala con el maestro, y éste, con cara de pocos amigos, dijo que me marchase con la chica, que me llamaba papá. Y es que el maestro se enfadaba cuando salíamos alguno de la escuela tan temprano, porque a él le daba también envidia el sol de la calle, y el de la glorieta, y el de la plaza. Recogí los libros muy contento, haciendo guiños a los que se quedaban, y en cuanto estuvimos en la calle le pregunté a Tala por qué cosa me sacaba de la escuela. Y dijo que porque había venido un tío mío de América (raza roja o indios), que era el viajante de la gorra blanca y el kodak colgado del hombro. Y me dijo, además, que el otro viajante de la boína era también tío mío, pero no de América, sino de un pueblo que se llama Las Labores, y que era hermano del de América. Como yo no sabía nada de estos tíos, Tala me dijo que no eran carnales, sino de los que son primos de mamá. Y aquéllo de que mamá tuviese un primo en América a mí me pareció muy bien.

Cuando entré en el comedor de casa todos se quedaron mirándome con cara de gusto y los dos tíos me besaron y me acariciaron el pelo. Sobre la mesa camilla de las faldas verdes había bandejas con pastas, merengues, caramelos y botellas de vino, y como la mesa estaba al lado del balcón, entraba mucho sol que daba sobre las copas, sobre las botellas y sobre los caramelos rojos, verdes, amarillos y blancos... Todo brillaba mucho. A mi hermanillo, que estaba sentado sobre las rodillas de papá, muy pegado al balcón, también le daba el sol en su melenaza rubia y por eso guiñaba sus ojos azules tan grandes. Y sobre la bandeja, que parecía un hornillo encendido con tanto brillo, revoloteaban nuestras manos al tomar pastas, merengues y copas.

El tío gordo de Las Labores reía mucho y hablaba de norias, de huertas y de su hijo Jerónimo, y el tío de América, riendo menos, hablaba de coches, de máquinas y de nombres raros que sonaban bien y tenían algo de otro mundo más bonito. Luego, el de América, sacó un paquete de muchos colorines con cigarros de tabaco amarillo y con escudos dorados, que todos miramos con mucho respeto. Y cuando papá y el de Las Labores comenzaron a fumar aquellos cigarrillos, muy atentos al gusto del humo, empezó el aire a oler muy bien, como huelen esas casas elegantes a las que da vergüenza entrar. Entonces se pusieron a hablar de tabacos, sobre todo de uno que se llama «Vuelta abajo». Y yo me daba en pensar en qué se diferenciaría el tabaco vuelto hacia abajo del vuelto hacia arriba.

A todo esto, mi hermanillo no quitaba los ojos de la bandeja, y cuando los mayores parecían distraídos, después de espiar miedoso con sus ojos azules, tomaba un merengue y se lo comía deprisa, como si se lo fuesen a quitar. Y le quedaban boceras y pegotes en la nariz, que luego se lamía. Y si alguna vez le sorprendían y le decían que no, con los ojos llenos de lágrimas decía:

—«Name... name».

Mamá sólo tomaba pastas, pues los merengues le daban vergüenza, por si le dejaban boceras como a mi hermanillo.

Luego, el tío de América, sacó las fotografías de su mujer y de sus hijos, y dijo que uno se le había muerto del mal de «Pó» (que es un río de Italia y que yo no sabía que fuese tan malo). Después sacó un mechero, y una pluma y un reloj y luego enseñó la corbata que se sacó del chaleco... y todo aquello costaba pesos, que no son pesetas, sino mayores.

Por fin dijeron que se marchaban, que tenían que ir a Socuéllamos a ver a otros tíos. Papá les rogó que tomasen más de la bandeja, pero dijeron que no y se fueron.

Cuando volvimos de despedirles desde la puerta de la calle, mamá, mirando a la bandeja, dijo que no habían tomado casi nada, por lo que mi hermanillo preguntó:

—Porqué son tontos ¿eh, papá?

... Y ya no era hora de volver a la escuela.

GARCIA PAVON

Un así lírico apenas

Ojo con que veía mi espeso amor en las penumbras
el sangriento besar del cielo en la avenida
en la azotea aquella la muchacha tan linda que patina
van y vienen las gentes aturcidas por silencioso oficio
en la secreta alcoba espera a que lo vistan de amarillo
el muerto de los lunes.
mientras tú que te fuiste ya no llegarás nunca
mi paloma perdida...!
Si tú supieras si tú hubieras sabido si tú sabrías o supieses bah...!
Oh la sorbida la sangre de mi perro salvaje
sollozo y lentamente de yo
tan en un dulce borbotonar de áspera ternura
que por ese jardín de fuego mío
gimiendo te esperaba...!
Tenía que gozarte tanto pan...
tanta migaja de pena confesarte así...!
Tenía el hambre tu lengua que yo quería tanto
tenía para tí el rostro de mi entraña que me dolía más
y en mis guardias primaverales de último soldado
tocaba la corneta de ese niño escondido
que ahí guardamos todos para en cada caso agonizar de bien...!
Pero tu arrancabas mis penosos cabellos tan escasos
y estos olivos hondos donde sembré secretas esperanzas
como tigres de amor como cunas aquí en el pecho mismamente destrozadas!
Si tu al menos hubieras sido un ser humano al menos...
y viéndome con mi cetro de piloto perdido
entre la rugiente muchedumbre de tenderos angélicos
preguntando la dirección exacta de la tierra
y el domicilio de los dioses-fabricantes de tu nariz amada
me hubieras alargado tu tan rica sonrisa mejor
en señal de paz indescifrable
y descuidadamente inquebrantable alianza
por encima del vals las amigas el cine los papás
y aquellas cursis notas donde decías: «espérate a mañana»!
Mas yo buscaba lo que no: el vértigo con que se muerde
el morir si cardíaco y voluptuosas condiciones inexistentes
además del amor a lo ingeniero Alberto y esas cosas.

Y la culpa fué tan solo mía y putrefacta
pues mi descorchado cerebelo
es un dolorido gramofonado impío
que ya no guarda un céntimo de sí
pero qué sabes tú.... qué podías saber tú... qué tú hubieras podido saber...
tan sencilla en la espiga como yo mastodonte sombrío
con una pupa así de grande en mi garra de ahorcadol
El teléfono quedó como una loca oscura para jamás
y el mago de los indecentes apetitos
cuánto reía en mi pisito de soltero
cuánto reía en aquel atardecer tan justo!

Miguel LABORDETA

Dibujo del poeta inglés Roy Campbell.



NO PERDONANDO NADA

Yo os quiero en las sombrías montañas del olvido,
allí donde las cosas aprenden a ser nuevas,
allí donde los maestros, urdiendo telarañas,
acostumbran al eco a estar acurrucado;
allí donde no triunfa
la turbamulta rubia de la idea
ese trigo impreciso, fecundísimo y leve,
allí donde las sombras a la tarde
se las ve llegar lentas
abrevando en las charcas, como vacas.
Allí veréis al humo
competir con la hiedra,
competir con los ángeles y en sigiloso andamio
dar entrada al pecado en la pradera
reservada a los calmos pies de Dios.
Allí tendréis regazos
de cuarto en cuarto de hora,
para que no se aquieten las manos en la muerte,
para que sigan dando mieles las esperanzas
para que las alondras lleguen todos los días
puntuales cuando el viento trota confidencial.
Quizá se os recompense con líricos empleos
y empadronéis suicidas,
certifiquéis nostalgias,
remocéis los suspiros, castréis las simpatías
o saquéis a paseo las yerbezuelas pálidas,
los ababoles débiles, las rosas sin fortuna,
los crisantemos hondos o el bobo mirasol;
quizá os den pasaporte para los pedregales
donde el odio no muere y es posible
que desangréis tormentas o transportéis campanas,
que orientéis las ventanas que van a la deriva,
que enseñéis a los dioses las horas del reloj.
Todo, todo es posible;
la eternidad se ha puesto a saltar a la comba:
y allá en la diagonal del crucigrama
canta su veinte en oros Dios.

Federico MUELAS

AMANECE A TI

Ahora sí que ya puedo decir: Tengo
el corazón en flecha como un pino,
la sangre en flecha, en flecha
la vida hermosamente hacia Tu centro.

Era un bulto de sombra cejijunta
rodando entre los hombres, sin destino,
con las sienas de plomo y la mirada
cayéndome como una rama triste.

El corazón, igual que un tambor sordo.
La sangre resumida por su cauce,
estoicamente en sí, sin ansia, helada,
trino cuajado en su ámbito de fuego.

La vida descolgada de los hombros,
crecida de los pies, sobre la frente
peinada día a día, era un lento
desvanecerse en nada la semilla.

Era un torpe pisar desorientado,
como llanto en el mar; la voz caída,
sordamente caída en el silencio;
la lágrima sin sueño de granizo.

Pero Tú me pedías. No comprendo
por qué. Quizás por la razón extraña
que pides a la selva la fiereza,
la levedad al ángel y a la rosa.

Y aquel vuelo de invierno nebuloso
perdió sus alas, se apagó aquel peso
de ceniza una noche abierta plena
a la verdad solar de tu bajada.

¡Qué fiel amanecidal! El alba trajo
pájaros de esperanza hasta mi olvido
y un rumor de raíces luminosas
libando amor para mis tallos nuevos.

A nacerme viniste aquella noche
con un soplo de luz hecha milagro.
Desde entonces Te canto, desde entonces
me canto flecha firme hacia Tu centro.

Basilio A. FUENTES ALARCON

MARC CHAGALL

Ibamos. . . Ibamos por los caminos,
pero los caminos se borraban.
Eran inútiles porque la vida seguía a nuestro lado.

La vida misma no era nada.
Nos bastaba una rosa o un vuelo o unos violines
para dejarla mustia,
para olvidarla en un rincón del sueño,
para sentirnos aire de músicas o de ángeles.

Oh, los cuerpos, los cuerpos: no son musgo ni sangre.
Son un impulso. Un prodigio de columpios arrebatados,
de saltimbanquis lunáticos, en cuyas manos, o en cuyos ojos
tiembla un árbol, o una aldea pensativa con gallos y con vacas.

Suspendidos en el trapecio del cielo,
rozamos apenas los tejados temblorosos
con un pie, de vientos o de nubes,
que no pisa la tierra: como la llama
o como la lámpara que arde en el centro de la noche.

Se han encendido violines entre las sombras.
Violines o estrellas. Estrellas o ángeles.
La vida es ese soplo de alas que nos envuelve.

Lo ignoramos todo, porque es nuestra
toda la sabiduría de no saber nada.
Nada del peso de las cosas.
Nada del tiempo inaplazable y terco.
Nada de nada que nos someta o ate.

Es sencillo volar, como es sencillo ser insecto o estrella.
Simple como el silencio, como la voz
que se nos va, entre escamas, de la mano.
Vuela esta fuente de invisibles serafines que mana el aire.
Vuela mi casa, mi luz y mi sueño de todas las noches.

Todo es simple, leve, alado. Levealado.
Se escapan las palabras y las formas,

como burbujas de color que estallan,
en lunas tristes, serpentinadas felices y aéreas y tiernísimos enamorados.

La gracia levealada de tu gracia, en todas las esquinas,
es un pájaro que va a emprender el vuelo.
Unas manos tras él, solas, fugaces.

Luego, de pronto, todo es aire.
Fábula sobre el cauce de mis ojos.
Olas despiertas, salpicada espuma, hojitas verdes.
Lejanísimo incendio que se hace nube y cielo.

Por eso tiene tu rostro, gris y cotidiano,
esa palpitación de todos los caminos.
Tu dolor no se explica,
pero ese ir muriendo, ir navegando,
—lluvia, arena—es tu propio dolor.
No por volar morimos más aprisa.
Pero la vida fluye y se levanta entre el aire y las alas.
Se nos hace más niña. Más pensativa y clara.



Abstracción de Santiago Lagunas.

APESAR DE TODO

Apesar de todo podemos ser felices.
A veces basta con olvidar unas sencillas palabras
—«Pluses», «Accidentes», «Subsidios», «Puntos»—
donde vamos usando poco a poco nuestra vida,
soñada para otra cosa.
A veces basta con olvidar unas palabras,
o recordar que cárceles y hospitales
siguen dando razón y fe a nuestro llanto.
A veces basta con eso,
y yo os invito desde aquí:
desde esta voz sin fronteras que nos asiste en lo hondo,
desde la razón y llanto de nuestra causa.
Pues fuerzas incontrolables laten en nuestras venas,
y hay un mágico signo escondido
en ese gesto de ayer y de mañana.

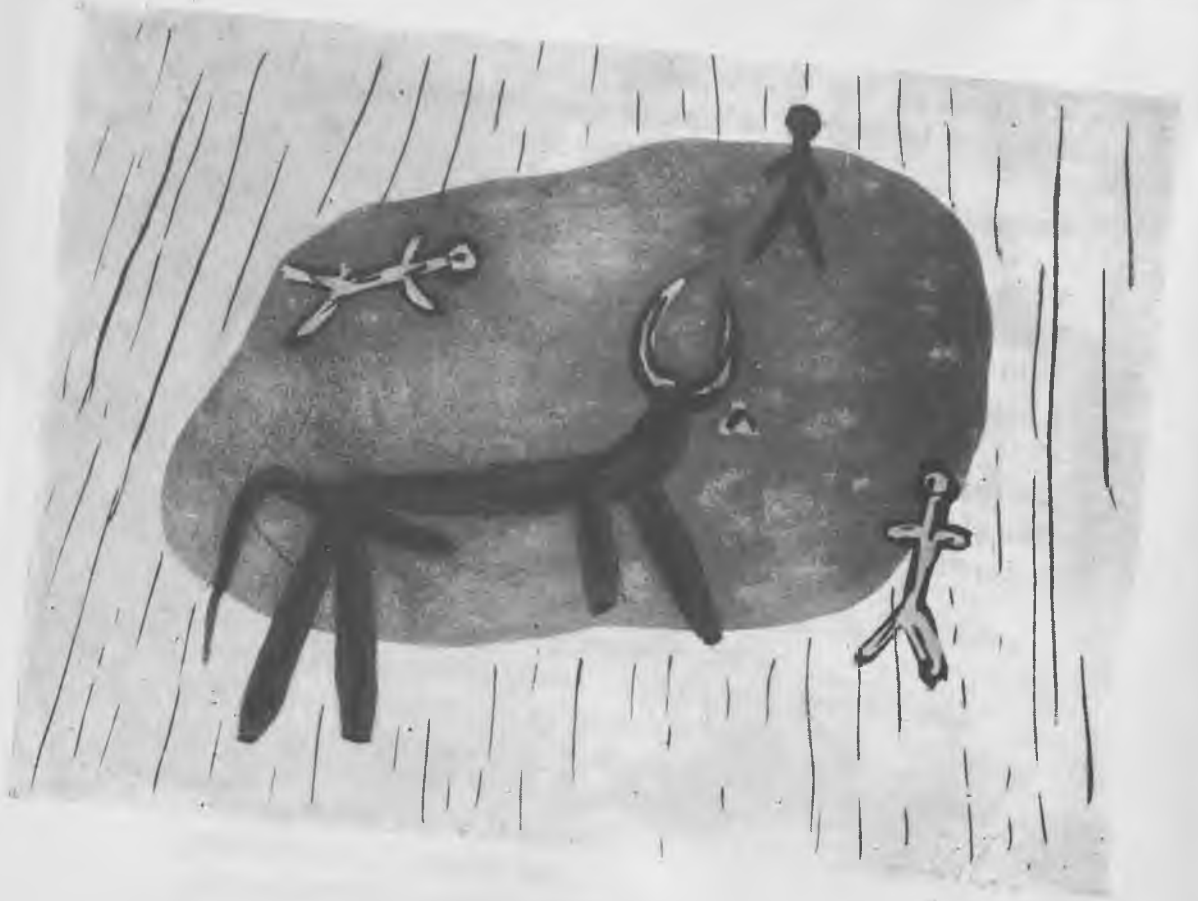
Contemplad la aurora:
quien ordenó el primer día;
quien extendió la gracia de su palma sobre las cosas;
el mar sobre el verde—plata de los peces;
la brisa entre los álamos;
quien inventó la levedad del pájaro
que rubricase en el aire de una tarde cualquiera
la palabra amor,
recien amanecida del barro que fué hecho para más;
quien trabajó y reposó al séptimo día,
aún continúa en lo alto distribuyendo sus dones.

Ved ahí la aurora,
el verde álamo,
sorpended la brisa que estrenan nuestros cabellos;
contemplad más allá el mar de tantas veces,
y ese horizonte donde es alegre y triste reposar la mirada.
Todo ha sido creado para nosotros, seres libres.
Salid cualquier mañana de vuestras casas;
abandonad las huecas tumbas de las ciudades,
situaros en esa calle que, por don geográfico,
os disparará hacia el campo...

Sed como un mar desbordante.
Revelaos: ha llegado la hora de que el trabajado luto
de vuestras manos
amanezca en la esquina del descontento.

Yo os invito.
Y os prometo,
bajo este cielo de siempre y para siempre,
frente a ese horizonte que no ha de cobrar tributo
a nuestros sueños,
que ganaréis la alegría,
que alcanzaréis la dicha,
y aprenderéis a ser libres—al fin libres—aunque solo sea
en el pequeño reino que cabe en un abrazo...

Manuel ARCE.



Del pintor alemán Mathias Goeritz.

MONTE «EL BRUSCO»

El campo de los muertos tiene sabor a esteras
contemplado en la torre del crepúsculo ciego;
aquí por estas tierras donde estaba mi padre
hoy navegan los astros por la mar solitaria,
hoy se pudren los astros con sus dientes comidos
por los raros insectos que apalabran recuerdos,
las minúsculas casas, la ladera del monte,
los cencerros dormidos de la vaca que muge,
y a lo lejos el blanco resplandor de los barcos
y el constante sonido de las olas rompiéndose
y el canto de los grillos que por la noche cantan.
No se pudren las manos que trabajan la tierra
tan malamente repartida,
pero brota el cansancio de los cuerpos que inclínanse:
son los hijos que heredan la maldita costumbre
conduciendo ganados o birlando a las aguas
bobalicones peces o selectos crustáceos
que comerá la gente de dinero.
Del maizal y la torre, de los niños que juegan,
de Santoña a lo lejos contemplada distante,
de los perros que ladran,
del reflujo del agua que la playa vacía
y el anciano que muere raramente algún año,
puedo hablar mientras miro la tormenta que viene,
mientras llega el quejido de la mala cosecha
y se cortan los pastos que las vacas se comen.
Puedo hablar de estos aires que vinculan un poco,
de esta roca sumisa que las olas envuelven
y esta ermita deshecha que tenía su santo
y esas gentes que son de la familia,
que se llaman Carriedo como yo y no lo dicen,
que se callan a todo porque nunca leyeron.
Puedo hablar del antiguo cementerio olvidado
que a mi abuelo contiene.
Puedo hablar del olor de la costa,
del olor de los pinos,
del olor del establo yo hablo,

del olor de la higuera,
del olor de la leña que se arranca en el monte
y el olor de los hornos que hacen pan amarillo.
En la mano yo tengo la preciosa simiente
para esta mi palabra que a mi padre dedico,
para este canto oscuro de la aldea en que estuve
hace siempre y es poco,
que dispongo del árbol que más frutos concede
y por esto navego por la orilla del agua
cuando bajo del monte
que abarcaba la inmensa soledad habitada
por los huesos de todos los parientes que tengo.

Gabino-Alejandro CARRIEDO

Juan Alcaide: Una forma de soledad

Este ensayo fué escrito semanas antes de la muerte de Alcaide, acaecida en Valdepeñas, el día 12 de julio de 1951.

Alcaide no ceja. Es un hombre sugestivo. Un poco agrio y oscuro. Pero en el que hay una profunda intimidad, una profunda indiferencia hacia todo. Alcaide es eso: íntimo lagar con su encerrado y enrarecido ambiente, radicalmente solo. Solo de verdad en este tan cacareado renacimiento de la no menos cacareada cultura manchega. Y pese a esta soledad, a esta radical y definitiva soledad que le ahoga, Alcaide no ceja. Da y da lo suyo, inevitablemente. A veces—y ahora con frecuencia—nos da su despedida.

Esto por sí es suficiente. Basta verlo. Y mucho más si, como nosotros, lo vivimos. No tengo rebozo alguno en decir que nosotros «hemos vivido» desde hace ya cerca de una decena de años, esta soledad de Alcaide. Junto a esta soledad, densa y suya, que el fenómeno de convivencia provinciana—tan impudoroso, tan impertinente—no ha podido quebrantar, ha nacido y crecido nuestro asombro. Y del asombro, dice Aristóteles, nació la filosofía. Acaso sean estas unas notas deslavazadas de irresponsable filosofía sobre Juan Alcaide Sánchez, un asombroso fenómeno de soledad que yo he conocido. De soledad y de poesía, que todo hay que decirlo.

LA OBRA Y LA VIDA

Por lo visto Nietzsche medía la dimensión de las personas por la cantidad de soledad que eran capaces de soportar. Según ésto, Alcaide es un hombre colosal, porque colosal es su soledad. En esta soledad nace y crece su poesía. Pero, entendiéndose bien, nace y crece en ella. Y nace así, radicalmente disconforme

«como un vino
que fuera a hacer pedazos su tinaja».

Hay, pues, que hablar de la soledad de Alcaide Sánchez. No de la literatura, no del verbalismo ni de la técnica, no de si se parece a Machado, o a Miguel Hernández o al Alberti de los versos de guerra. Hay algo radical en la poesía de Alcaide, algo que le da un latido inimitable: el estar clavada en su vida. Mejor dicho, el nacer desde ella. Y la vida de Alcaide—en «La noria», en «Ganando el pan», en «La cardencha», en «Jaraíz»—la vida de Alcaide es soledad.

Yo quiero hacer algo vagamente explicativo de la obra de Alcaide. Esta se mete, o mejor dicho, mana de su vida; y he aquí cómo hay que decir algo de la vida de Alcaide. Ya expuse mis temores al hacerlo. Pero también he intentado explicar su conveniencia.

Decir que la vida de Alcaide es soledad, puede sonar más o menos bien; pero es sólo una forma confusa de no decir nada. Se impone explicar el sentido de esta soledad.

Decía yo casualmente que Nietzsche medía la dimensión de los hombres por la cantidad de soledad que eran capaces de soportar. Y estas dos palabras juntas -«soledad» y «soportar»—son aquí especialmente expresivas. Basta una lectura no muy detallada de la obra última de Alcaide para comprender que es un hombre agobiado. Agobiado de soportar. Y este agobio le ha dado la hermética cerrazón de su soledad de hoy. ¿Cómo? Explicarlo es la peligrosa—y delicada—intención de mi trabajo.

En los primeros libros que publicó Alcaide, me admiraba a mí la gran cantidad de citas literarias que se hacía. Era algo que causaba en mí una gran sensación, un cierto asombro. Alcaide era entonces un muchacho con literatura. En la vida de Alcaide esto ha debido de ser esencial. Acaso alguien no dé demasiada importancia a ésto, pero nosotros los jóvenes con versos—como yo suelo decir—lo sabemos bastante bien: significa nada menos que formarse un ideal de vida. En los caracteres superficiales, a la larga, esta literatura inicial se traduce en un afán de «ser algo», de brillar, de «llegar». En los caracteres profundos, por el contrario, se traduce en un ideal de pureza. «Para tí—decía Nietzsche—sólo puede haber un mandamiento: sé puro». Pureza con los demás, pureza con uno mismo, pureza en todo: en el pensamiento y en la dignidad, en la obra y en la vida. Y es gran tragedia de la adolescencia—y de la primera juventud— el exigírsela y el exigirla. Puro uno mismo y el universo todo; y si no, que perezca el universo. De aquí esa raíz pesimista de hiperbólico descontento que suele caracterizar al joven que abre sus ojos al mundo y que señalaba Pérez de Ayala agudamente en cierta ocasión.

Pues bien, ya llega la hora de decir, como algo indubitable, que el ideal de pureza (en nuestro sentido de lo puro) que Alcaide concibiera no se ha realizado; de una o de otra forma, algo pasó que dejó a nuestro poeta despierto entre sus ruinas. Y Alcaide se encerró con ellas. Y de aquí nace su soledad.

Sin embargo, aún no hay explicado casi nada. Porque en la poesía de Alcaide hay algo más que una gran concentración en sus rotas cosas: hay, decía yo, un gran agobio de soportar. Pero de soportar ¿qué? Alcaide no se ha resignado con esta hecatombe de su ideal primero -llamémosle de esta manera un poco ridícula—; pero tampoco ha iniciado otro ideal, otro modo de ver, sino que se ha quedado, tercamente, brutalmente, contemplando; Alcaide lleva su pasado

«como algodón de yesca en sorda llaga».

sin piedad, ni perdón para sí, sin ansia ni comprensión del futuro; metido en lo que es—él y lo que cayó—Alcaide vive agobiado de soportar esta su tremenda falta de perdón hacia el derrumbamiento de lo que se soñara (derrumbamiento inevitable en todos nosotros), sin perdonárselo y, a la vez, sin achacárselo, con un fatalismo sin resignación y además sin queja. Algo que no tiene remedio de verdad: y que nos entroncaría con esa absurda pasión inútil que el hombre es para Sartre.

De aquí la rudeza, la brusquedad, el brutal sentido de su verso. Porque no es sólo la forma (esas palabras suyas que tanto reitera y tanto nos molestan a casi todos), sino el fondo. Cuando yo dije que Alcaide hacía preciosismo; o quise decir que acaricia su propia tragedia, la lima y la pule como lo único suyo—vital y verbalmente—o no quise decir nada.

Esta es la soledad de Alcaide; apartado de todo, metido en íntimo lagar, fermentando su gran rencor—por decirlo así—, su gran disconformidad contra lo que fatalmente fué y sin ningún respiro; porque Alcaide no encuentra su tabla de salvación:

«Aquí me tienes con el alma hambrienta
de sed como aquel día...»

le dice a su maestro Machado. ¡Hambriento de sed! Expresivas palabras: intento de encontrarse algo que no sea esa absorta y disconforme mirada a lo pasado.

LA POESIA DE JUAN

Pero dejando toda valoración de esta forma de soledad alcaidiana, es preciso decir que su poesía ha nacido de ahí, o mejor dicho, ha nacido ahí. En ella nace y a ella se limita. El mundo poético de Alcaide está claramente circunscrito: no muy vasto pero sí muy profundo. Refleja esta vida del Alcaide de la última decena: el más grande ejemplo de densidad que yo he conocido.

Y también la poesía de Alcaide es densa. De una densidad tal que se enrarece, se hace hermética, se cierra en sí misma. Escribía yo a Alcaide no hace mucho hablándole de esto, que entonces yo llamaba su dureza. En «Jaráiz» ha llegado a su colmo; lo cual no quiere decir nada negativo, sino al contrario, es la innegable muestra de su autenticidad.

Y es hora de terminar: no creo haber dicho poco de la poesía del gran paisano nuestro al integrarla en su vida. Una poesía que es capaz de darnos un tan denso latido humano se juzga y se avalora a sí misma. Lo demás es ganas de hablar abundantemente. Y ganas de hablar abundantemente empieza a antojársenos muchas veces aquello de la deshumanización del arte. Sobre todo si quiere erigirse lo deshumanizado en única forma de valor estético. Alcaide no es deshumanizado. Sino una forma extrema de lo humano. De ahí lo radicalmente de hoy que es su poesía. Porque este siglo—y ya el anterior—parece solo ocuparse de lo extremadamente humano. De ahí también, lo difícil (lo duro decía yo) de su poesía. Y de ahí, no menos, esta soledad que entre nosotros goza (¿o padece?) su obra tan cacareada. Porque es difícil penetrar en ella. Y no basta escribir artículos sobre las tinajas o poemas con vagos ecos alcaidianos sin acercarse de verdad plenamente a ella, ya con un sentimiento estremecido de afinidad íntima o con un inquieto asombro pensativo. Poética o filosóficamente.

De esta segunda manera y de una forma modesta he intentado yo hacerlo en estas líneas.

F. CALATAYUD.

DIRECTORES OPINAN

MENSAJES DE POESIA.—«Mensajes de poesía» tiene tres años de vida. Es en este último año, y a partir del número 8, cuando cambia totalmente de forma y de intención.

Su objeto inmediato es recoger en forma antológica las selecciones de los poetas jóvenes españoles con alguna obra hecha. Creo que todas las antologías recientes, por ignorancia o indiferencia, no son decisivas en el vario y fecundo panorama de nuestra poesía actual.

Iniciada esta renovación con la selección de RAFAEL MORALES, ha seguido ALVARO CUNQUEIRO y se prepara actualmente el número de CARMEN CONDE, que será además un homenaje de admiración y amistad a la ilustre poetisa.

En cuanto a Galicia, mi labor en «Mensajes» es de enlace entre nuestra poética tradicional y la corriente de poesía española con la que hay que contar siempre.

Eduardo MOREIRAS.



PLATERO.—En los, si tiernos, no muy grandes locales del burro, existe un fichero de fichas amarillas y blancas. Las amarillas son entrelargas y preciosas. Las blancas no tanto, pues, ea, como se terminaron las amarillas y están recortadas de cartulinas grandes, acusan las curvas borrachillas de la tijera.

En estos cartoncillos bicolor están asignados, con vistas acaso a una cierta inmortalidad, todos los nombres de las colaboraciones que han salido en «Platero» desde que «Platero» se llamaba «El Parnaso» —y eso es lo que hay—, se amasaba a máquina, y sangre costaba, aunque no tanta como ahora.

Desde los primeros momentos, nuestros propósitos son claros y concretos: realizar, en toda nuestra modestia, una aportación a las letras de nuestro tiempo, dar a conocer sentimientos y decires del Sur junto a voces del Norte o del Noromundo, y manifestar, en fin, la hermosura candente de la belleza por cuantos medios estén en nuestras manos, medios que eran antes veinte pliegos de papel de barba y una «Underwood», y ahora son tinta de buenas imprentas, cuadernos como harina y una voluntad decidida por parte del Estado Español y de Carlos María Rodríguez de Valcárcel, de mantener en alto con muy buen criterio este nuestro miembro más vivo y nuestra esperanza más firme.

Aquí, como en el romancillo popular, se toma lo bueno y se deja lo malo, sin atención ninguna a anonimatos y alguna a nombradías con sangre dentro.

Esto es todo, amigos.

Fernando QUIÑONES.—Felipe SORDO LAMADRID.

Francisco PLEGUEZUELO.—Serafin PRO HESLES.





El dibujo de la portada es de Gregorio Prieto
y el de la última página de Laguardia.

Imprenta Provincial



Subvenciona «Deucalión» la Excm. Diputación Provincial

JUAN ALCAIDE SANCHEZ.

MADRILLEY.

ANGEL CRESPO.

ARMANDE LOUP.

ANTONIO FERNANDEZ MOLINA.

GREGORIO PRIETO.

ALEJANDRO BUSUIOCEANU.

SANTIAGO AMON.

FERMIN AGUAYO.

GARCIA PAVON.

MIGUEL LABORDETA.

ROY CAMPBELL.

FEDERICO MUELAS.

BASILIO A. FUENTES ALARCON.

JOSE ALBI.

SANTIAGO LAGUNAS.

MANUEL ARCE.

MATHIAS GOEVFTZ.

GABINO-ALEJANDRO CARRIEDO.

FERNANDO CALATAYUD.

«MENSAJES DE POESIA».

«PLATERO».

LAGUARDIA.

**Esta revista se une al dolor de La Mancha,
en este mes de los muertos, por la pérdida
del poeta Juan Alcaide.**